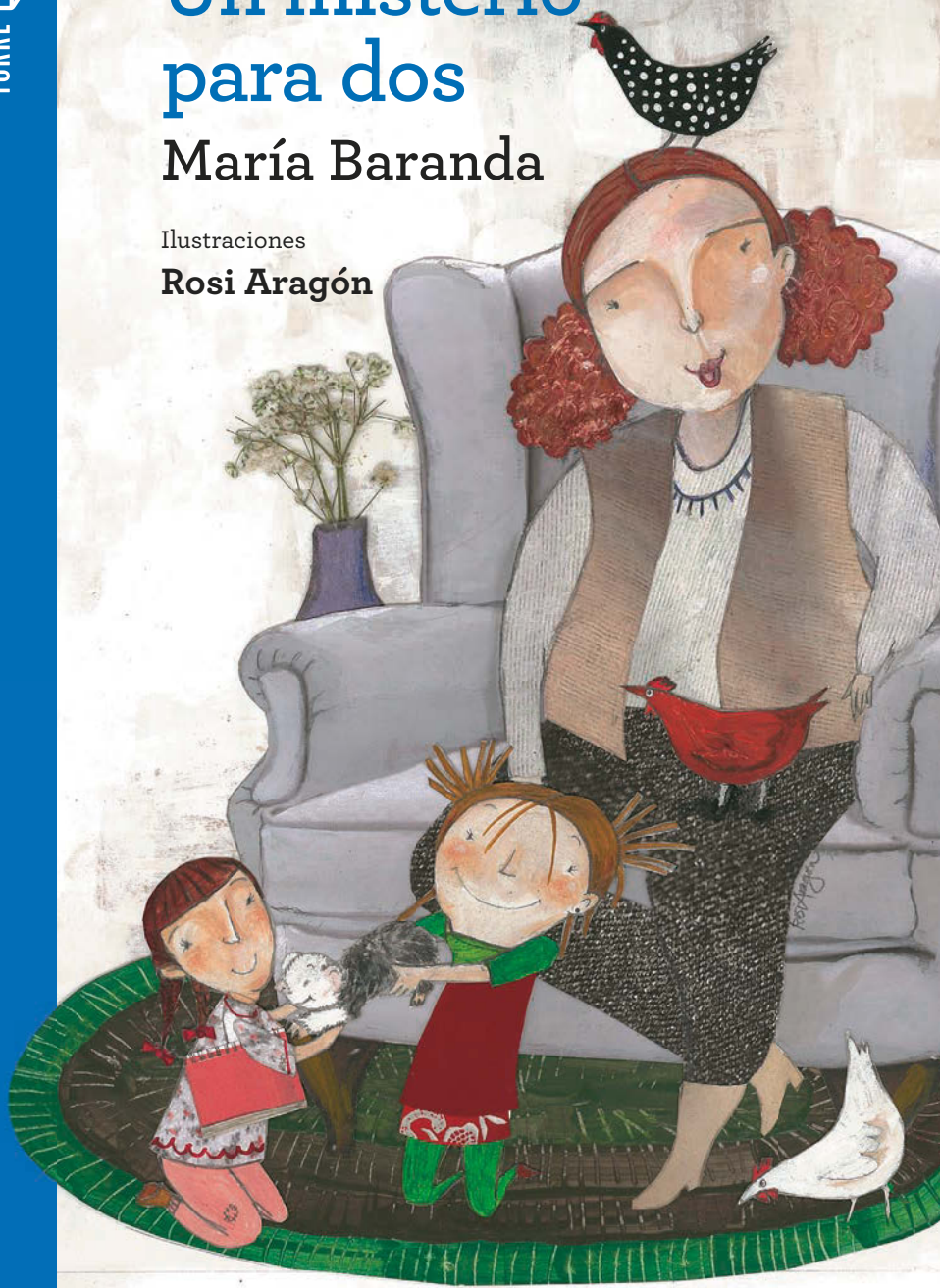


Un misterio para dos

María Baranda

Ilustraciones

Rosi Aragón





Un misterio para dos

D.R. © María Baranda, 2010
D.R. © Bienes de Consumo Internacional, 2011

D.R.© 2018, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, Colonia Acacias,
Benito Juárez, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.
para Educa Inventia S.A. de C.V.

Segunda edición: abril de 2019

Edición: Aline Hermida Cortés / Lorenza Estandía González Luna
Diagramación: Juana Carlos Micete
Ilustraciones: Rosi Aragón Okamura

Impreso en México — *Printed in Mexico*

SAP: 61089140
ISBN: 978-607-13-0910-5



Un misterio para dos

María Baranda

Ilustraciones

Rosi Aragón Okamura

 **Norma**

mx.edicionesnorma.com



1.

La primera vez que Martina se comió el almuerzo de Itzela, una bandada de pericos cruzó el patio de la escuela. Hicieron tanto ruido que nadie escuchó cuando Martina tiró las mochilas, corrió al baño, se encerró en uno de los escusados, bajó la tapa, se sentó y desenvolvió rápidamente los sándwiches para comérselos casi de un bocado. Nadie se dio cuenta de nada. Nadie, excepto Itzela, pero no dijo una palabra.

Martina jamás había hecho esto antes. Nunca había tomado algo que no fuera suyo. Ni siquiera los lápices de Ana Cristina que todos los del grupo se llevaban. Pero ese día lunes algo ocurrió dentro de ella. No fue el hambre, ella siempre llevaba su propio almuerzo. Lo que había

llamado su atención era que venían envueltos en una servilleta de tela blanca con diminutas flores color naranja bordadas en la orilla. Eso los hacía distintos de los demás que estaban envueltos en simples servilletas de papel o metidos en las loncheras. Y lo diferente siempre es muy atractivo.

Cuando Martina dio el primer bocado sintió que un sol se diluía en su lengua. Jamás había probado algo tan delicioso, sin embargo, se apresuró a comérselos por miedo a ser descubierta.

Al regresar al salón, notó que todos estaban ocupados en sus propias cosas; nadie volteó a verla cuando entró ni nadie dijo nada. Casi inmediatamente sonó la campana del recreo. Sus compañeros salieron atropelladamente a recoger su almuerzo, todos menos Itzela, que se había quedado en su lugar para anotar unas cosas en su cuaderno. Ese día pasó muy rápido para Martina. Por la tarde dibujó un cielo azul intenso y un paisaje con palmeras, un lago, dos camellos y una montaña larga e inmensa.

La segunda vez que Martina se comió el almuerzo de Itzela, el gato de la escuela maulló tres veces. Dos pájaros, que estaban en lo alto de una rama, hincharon el pecho y silbaron tan fuerte que el sol parpadeó por unos segundos.



Rosa Amador

Nadie la vio ni la escuchó, excepto Itzela, pero tampoco dijo nada. Martina se comió un poco más lento los sándwiches y esta vez le supieron aún más deliciosos. Ella también había traído su almuerzo: pepinos con limón; pero le sabían a nada, a aire, a vacío, después de haber probado el almuerzo de su compañera. Al comérselos lamentó tener que estar encerrada en el baño donde el piso era de cuadros café con amarillo y el techo de color azul deslavado estaba lleno de humedades. Además, sentada en la taza del baño, lo único que podía ver era la puerta de metal negro que parecía un trozo perdido de la noche.

Pensó que lo que acaba de hacer no podía compartirlo con ninguno de sus amigos. Entonces el pan se le pegó en el cielo del paladar, el jamón le supo un poco salado y sintió unas ganas muy grandes de salir pronto de ahí. Así es que dobló rápidamente la servilleta de tela blanca con diminutas flores de color naranja bordadas en la orilla y salió al corredor donde no había ni un alma.

La tercera vez que Martina se comió el almuerzo de Itzela, los pájaros no cantaron, el gato no maulló, ningún perico cruzó el cielo apresurado.

Era como si el mundo se hubiera detenido. Martina hizo todo con movimientos lentos: era una experta. Regresó al salón en el momento en que los demás compañeros salían atropelladamente al patio. Martina los imitó sin prisa. Acababa de comerse algo delicioso y sólo necesitaba sentarse en la banca para que un rayo de sol la hiciera completamente feliz.

Pero ese día, un miércoles, Martina se acostó en la banca del patio, cerró los ojos y durmió un poco. No mucho, porque Lupita y Priscila la invitaron a brincar la cuerda. Martina aceptó de mala gana: sentía la barriga llena. Cuando regresaron al salón, la maestra estaba muy seria y tenía los labios apretados, como si estuviera enojada. Se puso al frente y les dijo:

—Alguien se ha estado comiendo el almuerzo de Itzela y quiero saber quién fue.

Hubo un silencio muy largo. Nadie dijo nada. La maestra repitió de nuevo pero esta vez con voz más fuerte:

—¿Quién fue?

Silencio.

—¡Mañana todos se quedan sin recreo! —los sentenció con una voz que hizo temblar los vidrios del salón.

Se escucharon fuertes protestas de todo tipo. Incluso Martina empezó a decir:

—Yo no fui.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni que estuviera loca.

—Ni yo hambriento.

Sólo Itzela permanecía sin decir una sola palabra. A la hora de la salida el comentario general fue lo injusta que era la maestra. Todos opinaron que lo más probable fuera que Itzela estuviera diciendo una mentira.

—Sí, se le nota lo mentirosa en la cara —aseguró Mauricio.

Y Lupita, Priscila y Martina la voltearon a ver:

—Sí —dijeron a coro—: se le nota.

Con Itzela nadie se llevaba. Era la nueva del salón. Había entrado desde principio de año, pero era muy tímida y no había logrado hacer un solo amigo, uno de verdad, uno que le preguntara por la mañana qué había hecho la tarde anterior, si había visto “Princesas en el aire”, el programa de la televisión, o uno con quien pudiera intercambiar las estampas del álbum. Nadie sabía de dónde venía, en qué escuela había estado antes ni por qué se había cambiado a ésta.

Itzela tenía ocho años, igual que los demás; sabía sumar y multiplicar mejor que ninguno, leía muy bien y tenía excelente ortografía, memorizaba en un segundo las capitales del país, las del continente entero e incluso las de Asia y África. Sin embargo, nadie sabía de estas cualidades o ninguno las había notado. Y de todas maneras esas son cosas que importan poco si tienes ocho o nueve años. Simplemente no le dirigían la palabra, ni ella a ellos, y nunca la invitaban a jugar. Era como una sombra a la que se habían acostumbrado. Así es que el hecho de que alguien se hubiera comido su almuerzo tampoco les preocupaba gran cosa. Esa tarde, a la salida, Itzela quedó olvidada por todos tan pronto se cerró la puerta de la escuela. Por todos menos por Martina.



2.

Es a tarde Martina fue a casa de Tata. Tata era una señora mayor; “como de cien años”, decían los niños. Pero no. Tata tenía poco más de cincuenta. Era baja, aunque no mucho; relle-nita, pero no tanto. Y eso sí, muy parlanchina. Tata se dedicaba a cuidar niños y pollos en el patio trasero de su departamento. A los niños les leía cuentos, los ponía a jugar con montones de trastes de plástico que guardaba en unas tinajas de colores y los dejaba disfrazarse con los retazos de trapos y telas que tenía en la repisa superior de su armario, siempre que se hubieran portado bien, lo que con Tata quería decir: nada de gritos o berrinches. Pero sobre todo, y esto era lo que más les gustaba a los niños, los dejaba jugar y corretear por toda la casa.

Con los pollos nadie sabía qué hacía, sólo que estaban en su patio y que temprano por la mañana y en la tarde les ponía su alpiste.

También daba clases de bordado dos veces a la semana, por lo que en su puerta había un letrero que decía “Primores Tata”. Así era conocida en el barrio. Vivía en el mismo edificio que Martina, su hermano Federico y su mamá, sólo que ellos en el tercer piso y Tata en la planta baja. Primores Tata había cuidado a los niños desde que eran muy pequeños. Federico era un año mayor que Martina, le gustaba mucho el fútbol y era un experto en hurones. Su papá se había ido de su casa y nadie sabía ni por qué ni a dónde cuando Martina todavía estaba en la panza de su mamá y Federico apenas estaba aprendiendo a caminar. Primores Tata solía decir: “al muerto lo que es del muerto y al vivo... todo lo demás” y eso lo habían entendido los hermanos como “si ya se fue, no es asunto nuestro”. Jamás les había afectado ser una familia de tres, excepto cuando Bernabé, un niño que había estado con Primores Tata por unas semanas en el verano de hace dos años, les había dicho que los que no tienen papá se llaman huérfanos.

Martina le sonó un rechazazo que lo derribó inmediatamente. Bernabé no se dejó y le contestó con un puntapié. Finalmente, Federico, para defender a su hermana, lo jaló de los cabellos y le dijo que jamás volviera a decirles eso. Bernabé no regresó y Tata no dejó de quejarse de la falta de dinero durante varios días. Martina decidió darle sus ahorros.

—Sólo tengo veinte pesos, pero con eso te alcanzaré —le había dicho abrazándola. Y con ese acto de generosidad Primores Tata olvidó el asunto.

Eso sucedió hace mucho tiempo. Ahora, por la tarde, Martina había entrado sin decir ni hola. Se fue directo al armario, sacó de la repisa más alta una larga tela transparente de color rosa pálido, se la amarró alrededor de la cara y se sentó sobre una pila de revistas viejas. A través de la tela, la vida, o sea los problemas, se veían diferente. Tata la volteó a ver pero no comentó nada. Sabía que algo malo pasaba y que Martina no tardaría en hablar. Y en efecto, al cabo de unos minutos dijo:

—¿Sabías que hoy en mi escuela hubo un robo?

—¡Pero qué barbaridad! —repuso Tata alzando ambas cejas, a la vez que ensartaba una aguja.



—Sí, alguien se robó el almuerzo de Itzela. Y ya van tres días seguidos que sucede lo mismo. ¿Tú qué piensas?

—¿Qué pienso de qué? —respondió Tata.

—Pues del robo... ¿crees que el culpable deba ser castigado?

—Castigadísimo, si alguien se comiera mi almuerzo, no pararía hasta encontrar al responsable. Pero también le preguntaría por qué lo hizo.

—¿Y si lo hubiera hecho tan sólo porque tenía hambre?

—¿Hambre? Un robo de tres días seguidos no es por hambre, es porque le gustó hacerlo, ¿no crees?

—No sé, Tata —respondió Martina muy preocupada.

—Quien lo haya hecho ya se convirtió en un ratero profesional —dijo enérgica Tata.

—¿Y cómo sabrías quién fue?

—Eso es de lo más fácil, simplemente miraría a cada uno de mis compañeros directo a los ojos. Dicen que la verdad o la mentira siempre se notan en la mirada —y al terminar de decir esto, Tata empezó a bordar un lirio de color morado.

Martina apretó con todas sus fuerzas los ojos, quizás así se borrara el robo de su mirada. Esperó unos momentos y dijo:

—¿Siempre, siempre se nota?

—No falla. Pero cuéntame de Itzela, ¿quién es? Nunca la habías mencionado —dijo Tata mientras cambiaba de hilo.

—Ah, es que no es importante, entró este año a mi escuela.

—¿Que no es importante? ¿Cómo puede alguien no serlo? Jamás he conocido a ninguno que no lo sea. Hasta el señor González Fuentes con lo callado que es, o Paquita la del cinco que no le habla a nadie, o...

—Itzela es diferente. Ella no habla, no juega, no se junta con nadie.

—Ah... será por algo —insistió Tata empezando a bordar de nuevo.

—No. Ella simplemente no cuenta —dijo Martina categórica.

—¿Pero qué dices? ¿Cómo que no cuenta? —preguntó Tata mientras cortaba el hilo con los dientes.

Martina comenzaba a perder la paciencia. Desenrolló un poco la tela para que Primores Tata la escuchara mejor y dijo:

—No entenderías...

—Ahora me explicas —insistió Tata clavando la aguja con tal fuerza en su bordado que parecía que iba a pinchar el universo entero.

—Bueno, es que Itzela no le interesa a nadie. A nadie, nadie, ¿me oyes? Siempre está callada y lo único que hace es anotar en su cuaderno.

—¿Anotar qué? Eso parece muy interesante.

—Quién sabe, ¿no ves que nadie le habla?
—dijo Martina con impaciencia.

—No entiendo. Quizás Itzela sea una investigadora de verdad.

—¿Una qué?

—Una investigadora, una de las que anotan todo en un cuaderno de rayas, como dicen los que saben: una *natural*.

—No sé si su cuaderno sea de rayas. Nunca me he fijado. Además todos tenemos cuadernos así, no entiendo por qué eso la haría una investigadora de verdad.

—Mmmmm, yo que tú, antes de juzgar a la gente me aseguraba de saber en realidad quiénes son —Tata dio el último hilván al hermoso lirio, retiró un poco el bordado para admirarlo y sonrió.

En esos momentos Martina se levantó de la pila de revistas viejas, desató la tela de su cabeza, la dobló rápidamente, la puso en su lugar y salió con prisa de casa de Primores Tata. Necesitaba saber cómo era el cuaderno de Itzela. Llamó por teléfono a sus amigas y ninguna supo

responderle. Priscila ni siquiera sabía que tenía uno y Lupita jamás la había visto anotar nada. Mauricio no recordaba ni dónde se sentaba ni junto a quién. Era como si Itzela fuera invisible para el grupo.